

dijo la madre, recogiendo el plato;—pero por ésta noche no saldrás de aquí. Medita, medita en tus pecados, reza mucho y pídele al Señor y á la Santísima Virgen que te iluminen.

Mauricia creía que estaba ya bastante iluminada, porque la excitación encendía sus ideas dándole un cierto entusiasmo; y después de hacer un poco de ejercicio corporal colgándose de la reja, porque sus miembros apetecían estirarse, se puso á rezar con toda la devoción de que era capaz, luchando con las varias distracciones que llevaban su mente de un lado para otro, y por fin se quedó dormida sobre el duro lecho de tablas. Sacáronla del encierro al día siguiente temprano, y al punto se puso á trabajar en la cocina, sumisa, callada y desplegando maravillosas actividades. Después de cumplir una condena, lo que ocurría infaliblemente una vez cada treinta ó cuarenta días, la mujer napoleónica estaba cohibida y como avergonzada entre sus compañeras, poniendo toda su atención en las obligaciones, demostrando un celo y obediencia que encantaban á las madres. Durante cuatro ó cinco días, desempeñaba sin embarazo ni fatiga la tarea de tres mujeres. Pasadas dos semanas, advertían que se iba cansando; ya no había en su trabajo aquella corrección y diligencia admirables; empezaban las omisiones, los olvidos, los descuidillos, y todo esto iba en aumento hasta que la repetición de las faltas

anunciaba la proximidad de otro estallido. Con Fortunata volvió á intimar después de la escena violenta que he descrito, y juntas echaron largos párrafos en la cocina, mientras pelaban patatas ó fregaban los peroles y cazuelas. Allí gozaban de cierta libertad, y estaban sin tocas y en traje de *mecánica* como las criadas de cualquier casa.

—Yo tengo una niña—dijo Mauricio en una de sus confidencias.—La puse por nombre Adoración. ¡Es más mona...! Está con mi hermana Severiana, porque yo, como gasto este geniazo, le doy malos ejemplos sin querer, ¿tú sabes?, y mejor vive el angelito con Severiana que conmigo. Esa doña Jacinta, esposa de tu señor, quiere mucho á mi niña, y le compra ropa y le da el toque por llevársela consigo; ¡como que está rabiando por tener chiquillos y el Señor no se los quiere dar! Mal hecho, ¿verdad? Pues los hijos deben ser para los ricos y no para los pobres, que no los pueden mantener.

Fortunata se manifestó conforme con estas ideas. Algo había oído ella contar del desmedido afán de aquella señora por tener hijos; pero Mauricio le dijo algo más, contándole también el caso del *Pituso*, á quien Jacinta quiso recoger creyéndolo hijo de su marido y de la propia Fortunata. Tal efecto hizo en ésta la historia de aquel increíble caso de delirio maternal y de pasión no satisfecha, que estuvo tres días sin poder apartarlo del pensamiento.

## IV

Desde el corredor alto se veía parte del Campo de Guardias, el Depósito de aguas del Lozoya, el cementerio de San Martín y el caserío de Cuatro Caminos, y detrás de esto los tonos severos del paisaje de la Moncloa y el admirable horizonte que parece el mar, líneas ligeramente onduladas, en cuya aparente inquietud parece balancearse, como la vela de un barco, la torre de Aravaca ó de Húmera. Al ponerse el sol, aquel magnífico cielo de Occidente se encendía en espléndidas llamas, y después de puesto, apagábase con gracia infinita, fundiéndose en las palideces del ópalo. Las recortadas nubes oscuras hacían figuras extrañas, acomodándose al pensamiento ó á la melancolía de los que las miraban; y cuando en las calles y en las casas era ya de noche, permanecía en aquella parte del cielo la claridad blanda, cola del día fugitivo, la cual lentamente también se iba.

Estas hermosuras se ocultarían completamente á la vista de *Filomenas* y *Josefinas*, cuando estuviera concluida la iglesia en que se trabajaba constantemente. Cada día, la creciente masa de ladrillos tapaba una línea de paisaje. Parecía que los albañiles, al poner cada hilada, no construían, sino que borraban. De abajo arriba, el

panorama iba desapareciendo como un mundo que se anega. Hundiéronse las casas del paseo de Santa Engracia, el Depósito de Aguas, después el cementerio. Cuando los ladrillos rozaban ya la bellísima línea del horizonte, aún sobresalían las lejanas torres de Húmera y las puntas de los cipreses del Campo Santo. Llegó un día en que las recogidas se alzaban sobre las puntas de los pies ó daban saltos para ver algo más y despedirse de aquellos amigos que se iban para siempre. Por fin la techumbre de la iglesia se lo tragó todo, y sólo se pudo ver la claridad del crepúsculo, la cola del día arrastrada por el cielo.

Pero si ya no se veía nada, se oía, pues el tiqui tiqui del taller de canteros parecía formar parte de la atmósfera que rodeaba el convento. Era ya un fenómeno familiar, y los domingos, cuando cesaba, la falta de aquella música era para todas las habitantes de la casa la mejor apreciación de día de fiesta. Los domingos empezaba á oirse desde las dos el tambor que ameniza el Tío Vivo y balancines que están junto al Depósito de Aguas. Este bullicio y el de la muchedumbre que concurre á los merenderos de los Cuatro Caminos y de Tetuán, duraba hasta muy entrada la noche. Mucho molestó en los primeros tiempos á algunas monjas el tal tamboril, no sólo por la pesadez de su toque, sino por la idea de lo mucho que se peca al son de aquel mundano instrumento. Pero se fueron

acostumbrando, y por fin, lo mismo oían el rumor del Tío Vivo los domingos, que el de los picapedreros los días de labor. Algunas tardes de día de fiesta, cuando las recogidas se paseaban por la huerta ó el patio, la tolerancia de las madres llegaba hasta el extremo de permitirles bailar una chispita, con decencia, se entiende, al son de aquellas músicas populares. ¡Cuántas memorias evocadas, cuántas sensaciones reverdecidas en aquellos poquitos compases y vueltas de las pobres reclusas! ¡Qué recuerdo tan vivo de las polkas bailadas con horteras en el salón de la Alhambra, de tarde, levantando mucho polvo del piso, las manos muy sudadas y chupando caramelos revenidos! Y lo peor de todo y lo que en definitiva las había perdido, era que aquellos benditos horteras iban todos con buen fin. El buen fin precisamente, disculpando los malos medios, era la más negra. Porque después, ni fin ni principio ni nada más que vergüenza y miseria.

La monja que más empeñadamente abogaba porque se las dejase zarandearse un ratito era Sor Marcela, que por su cojera y su facha parecía incapaz de apreciar el sentimiento estético de la danza. Pero la mujer aquella, con su aplastada cara japonesa, sabía mucho del mundo y de las pasiones humanas; tenía el corazón rebo-sando tolerancia y caridad, y sostenía esta tesis: que la privación absoluta de los apetitos alimen-

tados por la costumbre más ó menos viciosa, es el peor de los remedios, por engendrar la deses-peración, y que para curar añejos defectos es conveniente permitirlos de vez en cuando con mucha medida.

Un día sorprendió á Mauricia en la carbonera fumándose un cigarrillo, cosa ciertamente fea é impropia de una mujer. La coja no se apresuró á quitarle el cigarro de la boca, como parecía natural. Sólo le dijo: «¡Qué cochina eres! No sé cómo te puede gustar eso. ¿No te mareas?» Mauricia se reía, y cerrando fuertemente un ojo porque el humo se le había metido en él, miró á la monja con el otro, y alargándole el cigarro, le dijo: «Pruebe, señora.» ¡Cosa inaudita! Sor Marcela dió una chupada y después arrojó el cigarro, haciendo ascos, escupiendo mucho y poniendo una cara tan fea como la de esos fetiches monstruosos de las idolatrías malayas. Mauricia lo recogió y siguió chupando, alternando un ojo con otro en el cerrarse y en el mirar. Después hablaron de la procedencia del pitillo. La otra no quería confesarlo; pero la madrecita, que sabía tanto, le dijo: «Los albañiles te lo han tirado desde la obra. No lo niegues. Ya te vi haciéndoles garatúsas. Si la Superiora sabe que andas en telégrafos con los albañiles, buena te la arma..., y con razón. Tira ya el tabacazo, indecente... ¡Ay, qué asco! Me ha dejado la boca perdida. No com-

prendo cómo os puede gustar ese ardor, ese picor de mil demonios. Los hombres, como si no tuvieran bastantes vicios, los inventan cada día...»  
Mauricia tiró el cigarro y apagólo con el pie.

Fortunata, al mes de estar allí, tuvo otra amiga, con quien intimó bastante. Doña Manolita era *señora* en regla, puesto que era casada, ayudaba á las monjas en las clases de lectura y escritura, y ponía un empeño particular en enseñar á Fortunata, de lo que principalmente vino su amistad. Permitían las madres á aquella recogida cierta latitud en la observancia de las reglas; se la dejaba sola con una ó dos *Filomenas* durante largo rato, bien en la sala de estudio, bien en la huerta; se le permitía ir al departamento de *Josefinas*, y como tenía habitación aparte y pagaba buena pensión, gozaba de más comodidad que sus compañeras de encierro.

Fortunata y ella, una vez que se conocieron, no tardaron en referirse sus respectivas historias. La que ya conocemos salió descarnada; pero Manolita adornó la suya tanto y de tal modo la quiso hacer patética, que no la conocería nadie. Según su relato, no había pecado: todo había sido pura equivocación; pero su marido, que era muy bruto y tenía la culpa, sí, él tenía la culpa de las equivocaciones, ó si se quiere, malas tentaciones de ella, la había metido allí sin andarse con rodeos. Como aquella señora había ocupado una regular posición, contaba con embeleso co-

sas del mundo y sus pompas, de los saraos á que asistía, de los muchos y buenos vestidos que usaba. Porque su marido era comerciante de novedades, hombre inferior á ella por el nacimiento; como que su papá era oficial primero de la Dirección de la Deuda. Oyendo estas ponderaciones orgullosas, Fortunata se echaba á pensar qué cosa tan empingorotada sería aquel destino del papá de su amiga.

Pero lo mejor fué que en la conversación salió de repente una cosa interesantísima. Manolita conocía á los de Santa Cruz. ¡Vaya!, si su marido, Pepe Reoyos, era íntimo, pero íntimo, de D. Baldomero. Y ella, la propia Manolita, visitaba mucho á doña Bárbara. De aquí saltó la conversación á hablar de Jacinta. ¡Ah! Jacinta era una mujer muy mona; lo tenía todo: bondad, belleza, talento y virtud. El danzante de Juan no merecía tal joya, por ser muy dado á picos pardos. Pero fuera de esto, era un excelente chico, y muy simpático, pero mucho.

—Ya sabrá usted—dijo luego—que cayó malo con pulmonía en Febrero de este año. Por poco se muere. En esta casa, que debe mucha protección á los señores de Santa Cruz, pusieron al Señor de Manifiesto, y cuando estuvo fuera de peligro, Jacinta costeó unas funciones solemnes. Como que vino el obispo auxiliar á decirnos la misa...

—¿De veras?... *tié* gracia.

—Como usted lo oye. ¡Lo que usted se perdió! Jacinta es una de las señoras que más han ayudado á sostener esta casa. Ya se ve, como no tiene hijos..., no sabe en qué gastar el dinero. ¿Se ha fijado usted en aquellos grandes ramos, monísimos, con flores de tisú de oro y hojas de plata?

—Sí—replicó Fortunata que atendía con toda su alma.—¡Los que se pusieron en el altar el día de Pentecostés!

—Los mismos. Pues los regaló Jacinta. Y el manto de la Virgen, el manto de brocado con ramos..., ¡qué mono!, también es donativo suyo, en acción de gracias por haberse puesto bueno su marido.

Fortunata lanzó una exclamación de pasmo y maravilla. ¡Cosa más rara! ¡Y ella había tenido en su mano, días antes, para limpiarle unas gotas de cera, aquel mismo manto que había servido para pagar, digámoslo así, la salvación del chico de Santa Cruz! Y no obstante, todo era muy natural, sólo que á ella se le revolvían los pensamientos y le daba qué pensar, no el hecho en sí, sino la casualidad, eso es, la casualidad, el haber tenido en su mano objetos relacionados, por medio de una curva social, con ella misma, sin que ella misma lo sospechara.

—Pues no sabe usted lo mejor—añadió Manolita, gozándose en el asombro de la otra, el cual más bien parecía espanto.—La custodia, ¿sabe

usted?, la custodia en que se pone al propio Dios, también vino de allá. Fué regalo de Barbarita, que hizo promesa de ofrecerla á estas monjas si su hijo se ponía bueno. No vaya usted á creer que es de oro: es de plata sobredorada; pero muy mona, ¿verdad?

Fortunata tenía sus pensamientos tan en lo hondo, que no paró mientes en la increíble tontería de llamar mona á una custodia.

## V

Y no pudo en muchos días apartar de su pensamiento las cosas que le refirió doña Manolita, que, entre paréntesis, no acababa de serle simpática, y lo que más metida en reflexiones la traía nó era precisamente que aquellos hechos de regalar la custodia y el manto se hubieran verificado, sino la casualidad... «*Tié gracia.*» Si hubiera ella ido al convento algunos días antes, habría asistido á la solemne misa, con obispo y todo, que se dijo en acción de gracias por haberse puesto bueno el tal... Esto tenía más gracia. Y por su parte, Fortunata, que sabía perdonar las ofensas, no habría tenido inconveniente en unir sus votos á los de todo el personal de la casa... Esto tenía más gracia todavía.

Pero lo que produjo en su alma inmenso trastorno fué el ver á la propia Jacinta, viva, de

carne y hueso. Ni la conocía ni vió nunca su retrato; pero de tanto pensar en ella había llegado á formarse una imagen que, ante la realidad, resultó completamente mentirosa. Las señoras que protegían la casa sosteniéndola con cuotas en metálico ó donativos, eran admitidas á visitar el interior del convento cuando quisieren; y en ciertos días solemnes se hacía limpieza general y se ponía toda la casa como una plata, sin desfigurarla ni ocultar las necesidades de ella, para que las protectoras vieran bien á qué orden de cosas debían aplicar su generosidad. El día de Corpus, después de misa mayor, empezaron las visitas, que duraron casi toda la tarde. Marquesas y duquesas, que habían venido en coches blasonados, y otras que no tenían título, pero sí mucho dinero, desfilaron por aquellas salas y pasillos, en los cuales la dirección fanática de Sor Natividad y las manos rudas de las recogidas habían hecho tales prodigios de limpieza que, según frase vulgar, se podía comer en el suelo sin necesidad de manteles. Las labores de bordado de las *Filomenas*, las planas de las *Josefinas* y otros primores de ambas estaban expuestos en una sala, y todo era plácemes y felicitaciones. Las señoras entraban y salían, dejando en el ambiente de la casa un perfume mundano que algunas narices de reclusas aspiraban con avidez. Despertaban curiosidad en los grupos de muchachas los vestidos

y sombreros de toda aquella muchedumbre elegante, libre, en la cual había algunas, justo es decirlo, que habían pecado mucho más, pero muchísimo más que la peor de las que allí estaban encerradas. Manolita no dejó de hacer al oído de su amiga esta observación picante. En medio de aquel desfile vió Fortunata á Jacinta, y Manolita (marcando esta sola excepción en su crítica social) cuidó de hacerle notar la gracia de la señora de Santa Cruz, la elegancia y sencillez de su traje, y aquel aire de modestia que se ganaba todos los corazones. Desde que Jacinta apareció al extremo del corredor, Fortunata no quitó de ella sus ojos, examinándole con atención ansiosa el rostro y el andar, los modales y el vestido. Confundida con otras compañeras en un grupo que estaba á la puerta del comedor, la siguió con sus miradas, y se puso en acecho junto á la escalera para verla de cerca cuando bajase, y se le quedó, por fin, aquella simpática imagen vivamente estampada en la memoria.

La impresión moral que recibió la Samaritana era tan compleja, que ella misma no se daba cuenta de lo que sentía. Indudablemente su natural rudo y apasionado la llevó en el primer momento á la envidia. Aquella mujer le había quitado lo suyo, lo que, á su parecer, le pertenecía de derecho. Pero á este sentimiento mezclábase con extraña amalgama otro muy distin-

to y más acentuado. Era un deseo ardentísimo de parecerse á Jacinta, de ser como ella, de tener su aire, su *aquel* de dulzura y señorío. Porque de cuantas damas vió aquel día, ninguna le pareció á Fortunata tan señora como la de Santa Cruz, ninguna tenía tan impresa en el rostro y en los ademanes la decencia. De modo que si le propusieran á la prójima, en aquel momento, transmigrar al cuerpo de otra persona, sin vacilar y á ojos cerrados habría dicho que quería ser Jacinta.

Aquel resentimiento que se inició en su alma iba trocándose poco á poco en lástima, porque Manolita le repitió hasta la saciedad que Jacinta sufría desdenes y horribles desaires de su marido. Llegó á sentar como principio general que todos los maridos quieren más á sus mujeres eventuales que á las fijas, aunque hay excepciones. De modo que Jacinta, al fin y al cabo y á pesar del Sacramento, era tan víctima como Fortunata. Cuando esta idea se cruzó entre una y otra, el rencor de la pecadora fué más débil y su deseo de parecerse á aquella otra víctima más intenso.

En los días sucesivos figurábase que seguía viéndola ó que se iba á aparecer por cualquier puerta cuando menos lo esperase... El mucho pensar en ella la llevó, al amparo de la soledad del convento, á tener por las noches ensueños, en que la señora de Santa Cruz aparecía en su

cerebro con el relieve de las cosas reales. Ya sabía que Jacinta se le presentaba á llorarle sus cuitas y á contarle las perradas de su marido, ya que las dos cuestionaban sobre cuál era más víctima, ya, en fin, que transmigraban recíprocamente, tomando Jacinta el exterior de Fortunata y Fortunata el exterior de Jacinta. Estos disparates recalentaban de tal modo el cerebro de la reclusa, que despierta seguía imaginando desvaríos del mismo si no de mayor calibre.

Cortaban estas cavilaciones las visitas de Maximiliano todos los jueves y domingos, entre cuatro y seis de la tarde. Veía la joven con gusto llegar la ocasión de aquellas visitas; las deseaba y las esperaba, porque Maximiliano era el único lazo efectivo que con el mundo tenía, y aunque el sentimiento religioso conquistara algo en ella, no la había desligado de los intereses y afectos mundanos. Por esta parte bien podía estar tranquilo el bueno de Rubín, porque ni una sola vez, en los momentos de mayor fervor piadoso, le pasó á la pecadora por el magín la idea de volverse santa á machamartillo. Veía, pues, á Maximiliano con gusto, y aun se le hacían cortas las horas que en su compañía pasaba hablando de doña Lupe y de Papitos, ó haciendo cálculos honestos sobre sucesos que habían de venir. Cierto que físicamente el apreciable chico le desagradaba; pero también es verdad que se iba acostumbrando á él, que sus

defectos no le parecían ya tan grandes y que la gratitud iba ahondando mucho en su alma. Si hacía examen de corazón, encontraba que en cuestión de amor á su redentor había ganado muy poco; pero el aprecio y estimación eran seguramente mayores, y sobre todo, lo que había crecido y fortalecido en su pensamiento era la conveniencia de casarse para ocupar un lugar honroso en el mundo. A ratos se preguntaba con sinceridad de dónde y cómo le había venido el fortalecimiento de aquella idea; mas no acertaba á darse respuesta. ¿Era quizás que el silencio y la paz de aquella vida hacían nacer y desarrollarse en ella la facultad del sentido común? Si era así, no se daba cuenta de semejante fenómeno, y lo único que su rudeza sabía formular era esto: «Es que de tanto pensar me ha entrado talento, como á Maximiliano le entró de tanto quererme, y este talento es el que me dice que me debo casar, que seré tonta de remate si no me caso.»

Feliz entre todos los mortales se creía el buen estudiante de Farmacia, viendo que su querida no rechazaba la idea de dar por concluida la cuarentena y apresurar el casamiento. Sin duda estaba ya su alma más limpia que una patena. Lo malo era que el tontaina de Nicolás, á los cinco meses de estar la pobre chica en el convento, decía que no era bastante y que por lo menos debían esperar al año. Maximilia-

no se ponía furioso, y doña Lupe, consultada sobre el particular, dió su dictamen favorable á la salida. Aunque dos ó tres veces, llevada por su sobrino, había visitado al *basilisco*, no había podido averiguar si estaba ya bien despercutida de las máculas de marras; pero ella quería ejercitar, como he dicho antes, su facultad educatriz, y todo lo que se tardase en tener á Fortunata bajo su jurisdicción, se detenía el gran experimento. Desconfiaba algo la buena señora de la eficacia de los institutos religiosos para enderezar á la gente torcida. Lo que allí aprendían, decía, era el arte de disimular sus resabios con formas hipócritas. En el mundo, en el mundo, en medio de las circunstancias es donde se corrigen los defectos, bajo una dirección sabia. Muy santo y muy bueno que al raquitismo se apliquen los reconstituyentes; pero doña Lupe opinaba que de nada valen éstos si no van acompañados del ejercicio al aire libre y de la gimnasia, y esto era lo que ella quería aplicar: el mundo, la vida y al mismo tiempo principios.

## VI

Con las *Josefinas* no tenía Fortunata relación alguna. Eran todas niñas de cinco á diez ó doce años, que vivían aparte ocupando las habitaciones de la fachada. Comían antes que las otras

en el mismo comedor, y bajaban á la huerta á hora distinta que las *Filomenas*. Toda la mañana estaban las niñas diciendo á coro sus lecciones, con un chillar cadencioso y plañidero que se oía en toda la casa. Por la tarde cantaban también la doctrina. Para ir á la iglesia, salían de su departamento procesionalmente, de dos en dos, con su pañuelo negro á la cabeza, y se ponían á los lados del presbiterio capitaneadas por las dos monjas maestras.

Como Fortunata hacía cada día nuevas relaciones de amistad entre las *Filomenas*, debo mencionar aquí á dos de éstas, quizás las más jóvenes, que se distinguían por la exageración de sus manifestaciones religiosas. Una de ellas era casi una niña, de tipo finísimo, rubia, y tenía muy bonita voz. Cantaba en el coro los estribillos de muy dudoso gusto con que se celebraba la presencia del Dios Sacramentado. Llamábase Belén, y en el tiempo que allí había pasado dió pruebas inequívocas de su deseo de enmienda. Sus pecados no debían de ser muchos, pues era muy joven; pero fueran como se quiera, la chica parecía dispuesta á no dejar en su alma ni rastro de ellos, según la vida de perros que llevaba, las atroces penitencias que hacía y el frenesí con que se consagraba á las tareas de piedad. Decíase que había sido corista de zarzuela, pasando de allí á peor vida, hasta que una mano caritativa la sacó del cieno para

ponerla en aquel seguro lugar. Inseparable de ésta era Felisa, de alguna más edad, también de tipo fino y como de señorita, sin serlo. Ambas se juntaban siempre que podían, trabajaban en el mismo bastidor y comían en el propio plato, formando pareja indisoluble en las horas de recreo. La procedencia de Felisa era muy distinta de la de su amiguita. No había pertenecido al teatro más que de una manera indirecta, por ser doncella de una actriz famosa, y en el teatro tuvo también su perdición. Llevóla á las Micaelas doña Guillermina Pacheco, que la cazó, puede decirse, en las calles de Madrid, echándole una pareja de Orden Público, y sin más razón que su voluntad, se apoderó de ella. Guillermina las gastaba así, y lo que hizo con Felisa habíalo hecho con otras muchas, sin dar explicaciones á nadie de aquel atentado contra los derechos individuales.

Si querían ver incomodadas á Felisa y Belén, no había más que hablarles de volver al mundo. ¡De buena se habían librado! Allí estaban tan ricamente, y no se acordaban de lo que dejaron atrás más que para compadecer á las infelices que aún seguían entre las uñas del demonio. No había en toda la casa, salvo las monjas, otras más rezonas. Si las dejaran, no saldrían de la capilla en todo el día. Los largos ejercicios piadosos de las distintas épocas del año, como octava de Corpus, sermones de Cuaresma, flores

de María, les sabían siempre á poco. Belén ponía con tanto calor sus facultades musicales al servicio de Dios, que cantaba coplitas hasta quedarse ronca, y cantaría hasta morir. Ambas confesaban á menudo y hacían preguntas al capellán sobre dudas muy sutiles de la conciencia, pareciéndose en esto á los estudiantes aplicaditos que acorralan al profesor á la salida de clase para que les aclare un punto difícil. Las monjas estaban contentas de ellas, y aunque les agradaba ver tanta piedad, como personas expertas que eran y conocedoras de la juventud, vigilaban mucho á la pareja, cuidando de que nunca estuviese sola. Felisa y Belén, juntas todo el día, se separaban por las noches, pues sus dormitorios eran distintos. Las madres despleaban un celo escrupuloso en separar durante las horas de descanso á las que en las de trabajo propendían á juntarse, obedeciendo las naturales atracciones de la simpatía y de la congenialidad.

Los lazos de afecto que unían á Fortunata con Mauricia eran muy extraños, porque á la primera le inspiraba terror su amiga cuando estaba con el *ataque*; enojábanla sus audacias, y sin embargo, algún poder diabólico debía de tener la Dura para conquistar corazones, pues la otra simpatizaba con ella más que con las demás y gustaba extraordinariamente de su conversación íntima. Cautivábale sin duda su

franqueza, y aquella prontitud de su entendimiento para encontrar razones que explicaran todas las cosas. La fisonomía de Mauricia, su expresión de tristeza y gravedad, aquella palidez hermosa, aquél mirar profundo y acechador la fascinaban, y de esto procedía que la tuviese por autoridad en cuestiones de amores y en la definición de la moral rarísima que ambas profesaban. Un día las pusieron á lavar en la huerta. Estaban en traje de *mecánica*, sin tocacas, sintiendo con gusto el picor del sol y el fresco del aire sobre sus cuellos robustos. Fortunata hizo á su amiga algunas confidencias acerca de su próxima salida y de la persona con quien iba á casarse.

—No me digas más, chica...: te conviene, te conviene. ¡Peines y peinetas! A doña Lupe la conozco como si la hubiera parido. Cuando la veas pregúntale por Mauricia la Dura, y verás cómo me pone en las nubes. ¡Ah!, ¡cuánta guita le he llevado! A mí me llaman la *dura*; pero á ella debieran llamarla la *apretada*. Chica, es así... (diciendo esto mostraba á su amiga el puño fuertemente cerrado). Pero es mujer de mucho caletre y que se sabe timonear. ¿Qué te crees tú? Tiene millones escondidos en el Banco y en el Monte. ¡Digo! Si sabe más que Cánovas esa tía. Al sobrino le he visto algunas veces. Oí que es tonto y que no sirve para nada. Mejor para ti; ni de encargo, chica. No podías pedir á Dios

que te cayera mejor breva. Tú bien puedes hacer caso de lo que yo te diga, pues tengo yo mucha linterna..., *amos*, que veo mucho. Créelo, porque yo te lo digo: si tu marido es un *alilao*, quiere decirse, si se deja gobernar por ti y te pones tú los pantalones, puedes cantar el aleluya, porque eso y estar en la gloria es lo mismo. Hasta para ser *mismamente* honrada te conviene.

En el vivo interés que este diálogo tenía para las dos mujeres, á veces los cuatro vigorosos brazos metidos en el agua se detenían, y las manos enrojecidas dejaban en paz por un momento el envoltorio de ropa anegada, que chillaba con los hervores del jabón. Puestas una frente á otra á los dos lados de la artesa, mirábanse cara á cara en aquellos cortos intervalos de descanso, y después volvían con furor al trabajo sin parar por eso la lengua.

—Hasta para ser honrada—repitió Fortunata, echando todo el peso de su cuerpo sobre las manos para estrujar el rollo de tela como si lo amasara.—De eso no se hable, porque hazte cuenta..., yo, una vez que me case, honrada tengo de ser. No quiero más belenes.

—Sí, es lo mejor para vivir una... tan ancha—dijo Mauricia.—Pero á saber cómo vienen las cosas..., porque una dice: «esto deseo», y después se pone á hacerlo y ¡tras!, lo que una quería que saliera pez sale rana. Tú estás en grande, chica, y te ha venido Dios á ver. Pue-

des hacer rabiarse al *chico* de Santa Cruz, porque en cuanto te vea hecha una persona decente se ha de ir á ti como el gato á la carne. Créetelo, porque te lo digo yo.

—Quita, quita; si él no se acuerda ya ni del santo de mi nombre.

—*Páices* boba, ¿qué apuestas á que en cuanto te echen el Sacramento pierde pie?... No conoces tú el peine.

—Verás cómo no pasa eso.

—¿Qué apuestas? Sí, porque creerás que ahora mismo no te anda rondando. Como si lo viera. ¡Y me harás creer tú á mí que no piensas en él!... Cuando una está encerrada entre tanta cosa de religión, misa va y misa viene, sermón por arriba y sermón por abajo, mirando siempre á la custodia, respirando tufo de monjas, vengan luces y tira de incensario, *páice* que le salen á una *de entre sí* todas las cosas malas ó buenas que ha pasado en el mundo, como las hormigas salen del agujero cuando se pone el sol, y la religión lo que hace es refrescarle á una la entendedera y ponerle el corazón más tierno.

Alentada por esta declaración arrancóse Fortunata á revelar que, en efecto, pensaba algo, y que algunas noches tenía sueños extravagantes. A lo mejor soñaba que iba por los portales de la calle de la Fresa y ¡plan!, se le encontraba de manos á boca. Otras veces le veía saliendo

del Ministerio de Hacienda. Ninguno de estos sitios tenía significación en sus recuerdos. Después soñaba que era ella la esposa y Jacinta la querida del tal, unas veces abandonada, otras no. La manceba era la que deseaba los chiquillos y la esposa la que los tenía. Hasta que un día... me daba tanta lástima, que le dije, digo: «Bueno, pues tome usted una criatura para que no lllore más.»

—¡Ay, qué salado!—exclamó Mauricia.—Es buen golpe. Lo que una sueña tiene su aquel.

—¡Vaya unos disparates! Como te lo digo, me parecía que lo estaba viendo. Yo era la señora por delante de la Iglesia, ella por detrás, y lo más particular es que yo no le tenía tirria, sino lástima, porque yo paría un chiquillo todos los años, y ella... ni esto... A la noche siguiente volvía á soñar lo mismo, y por el día á pensarlo. ¡Vaya unas papas! ¿Qué me importa que *la* Jacinta beba los vientos por tener un chiquillo sin poderlo conseguir, mientras que yo?...

—Mientras que tú los tienes siempre y cuando te dé la gana. Dilo, tonta, y no te acobardes.

—Quiere decirse que ya lo he tenido y bien podría volverlo á tener.

—¡Claro! Y que no rabiará poco la otra cuando vea que lo que ella no puede, para ti es coser y cantar... Chica, no seas tonta, no te rebajes, no le tengas lástima, que ella no la tuvo de ti cuando te birló lo que era tuyo y muy tuyo...

Pero á la que nace pobre no se la respeta, y así anda este mundo pastelero. Siempre y cuando puedas darle un disgusto, dáselo, por vida del santísimo peine... Que no se rían de ti porque naciste pobre. Quitale lo que ella te ha quitado, y adivina quién te dió.

Fortunata no contestó. Estas palabras y otras semejantes que Mauricia le solía decir, despertaban siempre en ella estímulos de amor ó consuelos que dormitaban en lo más escondido de su alma. Al oírlas, un relámpago glacial le corría por todo el espinazo, y sentía que las insinuaciones de su compañera concordaban con sentimientos que ella tenía muy guardados, como se guardan las armas peligrosas.

## VII

Sorprendidas por una monja en esta sabrosa conversación, que las hacía desmayar en el trabajo, tuvieron que callarse. Mauricia dió salida al agua sucia, y Fortunata abrió el grifo para que se llenara la artesa con el agua limpia del depósito de palastro. Creeríase que aquello simbolizaba la necesidad de llevar pensamientos claros al diálogo un tanto impuro de las dos amigas. La artesa tardaba mucho en llenarse, porque el depósito tenía poca agua. El gran disco que transmitía á la bomba la fuerza del viento,